



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Sólo de nosotros depende el éxito

Exposición del Mensajero del Eterno

EL Eterno tiene en su corazón un inmenso poder de afecto, Por eso necesitaba estar rodeado de muchas criaturas sensibles y conscientes, sobre las cuales pudiera derramar todo su amor. Fue con este fin que El creó a los hombres sobre la tierra, que son criaturas maravillosas capaces de percibir y de sentir su amor y regocijarse con todas las benevolencias con que el Eterno los colma. Sin embargo, son deudores de transmitir estas bendiciones a su prójimo,

Los seres humanos poseen capacidades y dones gloriosos. Pensemos un poco en todo lo que su cerebro puede concebir e inventar, en todo lo que pueden realizar con el trabajo de sus manos. Nos sentimos verdaderamente entusiasmados, y comprendemos la profundidad inconmensurable de la sabiduría que supo concentrar tantas posibilidades maravillosas en la personalidad del hombre.

No cabe duda de que cuando todos estén animados del poder de la gracia divina, podrán realizar las más bellas y más gloriosas cosas. Un corazón amable es un verdadero motivo de alegría y de consuelo para los que viven en su entorno.

Desgraciadamente, los seres humanos han salido de la comunión divina y han acabado por ser del todo incapaces de ejercer y de valorizar en la buena dirección las notables capacidades que poseen. Como ya lo he mostrado, ellos son actualmente comparables a un gran señor lamentablemente caído de su primera dignidad.

Los seres humanos se mueven como unos desdichados en la suciedad y en la miseria. Por decirlo así, sólo les quedan algunos rastros de su esplendor perdido. Y es también el caso para ellos en el dominio espiritual. ¡Qué desgracia, qué decadencia y qué pobreza!

Perdieron completamente su antigua dignidad, la cual les había sido dada en sus primeros representantes en el huerto del Edén, cuando eran los reyes de la creación terrenal. Actualmente son muy desgraciados, porque han adquirido y conservado un mal carácter.

Sin embargo, los seres humanos habían sido creados para vivir felices y en la abundancia, permaneciendo bajo el poder de la bendición divina. Los primeros, Adán y Eva, habían sido colocados en un sitio encantador, en un ambiente glorioso, y se beneficiaban de la comunión con el Eterno y de toda su benevolencia.

Por tanto, los humanos tendrían que estar llenos de afecto, de bondad y de misericordia unos hacia otros. Todos habrían de sentirse ligados unos a otros por un sentimiento de amor fraternal, como en una amable familia en la cual cada uno se ama, se respeta y se

aprecia mutuamente. ¡Mas cuán poco es el caso actualmente!

A menudo, hay personas que son muy duras hacia otras. Son intratables, orgullosas, malas. Otras son en gran manera desasosegadas y temerosas. Todos estos sentimientos son muy desventajosos para su organismo. Si consideramos así las cosas bajo su verdadero aspecto, vemos cuán alejado y caído es el hombre de la primera condición que le estaba destinada.

Nuestra personalidad está formada de impresiones almacenadas, y es esto que forma nuestra mentalidad y nuestra identidad. Las impresiones que hemos recibido y cultivado hacen de nosotros una persona amena, benévola, abierta y afectuosa; o bien un ser huraño, arisco, malo, duro y seco, desagradable a más no poder. Por lo demás, el hombre ya viene al mundo con ciertas disposiciones, ciertos rasgos de carácter transmitidos por la herencia.

Si los seres humanos fuesen engendrados bajo el poder de la gracia divina, ya nacerían con maravillosas disposiciones de corazón por las cosas divinas; pero este no es el caso, y a menudo son lanzados a la existencia en condiciones tristes y deplorables. Así nacen con disposiciones muy desventajosas.

Si además les inculcan una religión, se acentúa su desgracia, porque su cerebro se vuelve del todo confuso e incapaz de ponerse en armonía con la mentalidad divina, porque la religiosidad cierra la puerta del corazón a las impresiones amables y buenas. Ya hubo una poderosa manifestación de este estado de cosas en el tiempo de la venida de nuestro querido Salvador a la tierra, cuando vino a anunciar su mensaje al pueblo de Israel.

A veces nos parece incomprensible que la aparición de nuestro querido Salvador y su poderoso testimonio, tanto vivido como hablado, no despertasen olas de entusiasmo y transportes de alegría en el seno de ese mundo religioso. A simple vista, nos parece que, a los escribas, a los fariseos y a los doctores de la ley les correspondía aclamarlo como a un Libertador, como al Enviado del Eterno.

En efecto, nuestro querido Salvador no se contentó con dar su testimonio en palabras a los judíos, sino que obró. Él era amable, lleno de benevolencia hacia todos y su vida fue una manifestación admirable del poder divino. El ayudó a todos los que vinieron a él; tuvo piedad de los afligidos, cuidó de los desventurados, sanó a los enfermos y resucitó a muertos. ¿Qué más podían pedir de él?

Sin embargo, el corazón de sus conductores religiosos era tan seco y tan terriblemente endurecido que no pudieron enternecerse delante

de tantas demostraciones de la bondad y de la gloria del Eterno. Pensemos en la resurrección de Lázaro, cuyo cuerpo estaba ya en descomposición. Esto nos da una idea de la grandeza de la manifestación divina realizada en esta ocasión por nuestro querido Salvador.

Las hermanas de Lázaro no tenían la fe de que Jesús pudiera resucitarlo. Marta particularmente se lo hizo sentir cuando le dijo: "Si hubieses estado aquí, Lázaro no habría muerto, más ahora todo se ha acabado, nada más se puede hacer." Nuestro querido Salvador le respondió simplemente: "Si crees, verás la gloria de Dios." En efecto, ella vio la gloria de Dios acompañada de consuelos y de estímulos maravillosos.

Los discípulos que siguieron a nuestro querido Salvador asistieron también a manifestaciones numerosas e inefables que eran destinadas a fortalecer y afianzar su fe. No obstante, a pesar de todos los testimonios de nuestro querido Salvador, a pesar de sus múltiples instrucciones y advertencias, todos huyeron en el momento de la prueba decisiva.

Juan solamente siguió al Señor de lejos. También Pedro quería seguirle, pero no había hecho los esfuerzos correspondientes para adquirir una fe suficiente y dominar la prueba. Su carácter no era todavía bastante estable en él había rasgos de carácter demasiado débiles que no le permitieron aguantar victoriosamente la embestida del adversario.

Fue derribado por la maldad y la astucia diabólicas que se cebaron en él. Todo sobrevino a la vez, y fue un verdadero asedio de su cerebro y finalmente hubo la palabra agresiva de la criada que dijo: "También éste estaba con él". Otros le dijeron: "Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aún tu manera de hablar te descubre". Y todos los que allí estaban presentes le miraban con desprecio. Pedro no pudo soportar esta prueba, fue vencido por la adversidad, y acto seguido negó a su Maestro.

En la derrota del apóstol Pedro, podemos nosotros mismos reconocernos también. En efecto, si somos sinceros, tenemos que confesar que a menudo hemos flaqueado en el momento en que hubiera sido necesario aguantar firmemente y vencer la dificultad para dar gloria al Eterno,

Cuando recibimos profundas impresiones de la gracia divina, si estamos en debida forma, nos electrizan poderosamente. De momento nos parece que podremos vencer todo fácilmente: pero luego vienen otras impresiones muy distintas de las primeras, las cuales dejamos penetrar en nuestro corazón, y enseguida es la debilidad que de nuevo nos invade. Vemos cuán preciosa es la exhortación de Salomón que

nos dice: "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón porque de él mana la vida."

Las Escrituras dicen: "Lo que el Eterno pide de ti, es que practiques la justicia, que ames la misericordia, y que andes humildemente con tu Dios." En efecto, es absolutamente necesario que cumplamos esta preciosa recomendación del Señor, poniendo en ella todo nuestro corazón.

Nuestro organismo necesita semejantes sentimientos para prosperar y fortalecerse. Por lo demás, no podemos trocar el organismo que poseemos por otro mejor, esto es imposible; es preciso que logremos alcanzar la vida con el que tenemos a disposición.

Todo lo que hacemos de injusto y de malo ejerce una reacción desastrosa sobre nuestros nervios sensitivos. Esta reacción se repercute en la sangre y altera su composición. Naturalmente, esto provoca una seria perturbación que empieza su obra. Aunque no la percibamos inmediatamente, no por eso sus desastrosos efectos dejan de operar.

A veces éstos se revelan cuando menos lo esperábamos. Por eso, cuán útil es que tomemos a pecho las enseñanzas tan preciosas de la verdad, que nos muestran lo que conviene hacer y lo que no conviene.

Las diversas religiones han divulgado almodones de pereza a los seres humanos, que les impiden totalmente ver su verdadera situación y el alcance de las cosas divinas. Por eso, según Malaquías, cuando venga el día ardiente como un horno, Babilonia se derrumbará, y con ella todo lo que no sea verdadero.

Así las gentes religiosas son puestas entre la espada y la pared, y deben demostrar el valor y la solidez de su fe. En ese momento, sólo los verdaderos hijos de Dios podrán soportar el terrible choque que se producirá. Así subsistirá lo que haya sido edificado sobre la Roca de los siglos por las maravillosas impresiones de la gracia divina grabadas en el corazón de los hijos de Dios.

En efecto, el arma utilizada por los que siguen fielmente los caminos del Señor, es el amor, que es un poder invencible. Estos últimos podrán guardar la estabilidad, pero serán los únicos en permanecer de pie.

Los humanos en general, y también los que se confían en sus religiones, han sido siempre guiados por el dios de este mundo, que mantiene a todos los seres humanos bajo su férula, sugestionándolos y dirigiéndolos a su antojo. Hace de ellos todo lo que quiere, puesto que al ser guiados por él siguen siendo su juguete. En cambio, con el Eterno todo es libertad y benevolencia.

El Señor sólo desea una cosa, que seamos felices, pero de una felicidad verdadera, y no de una felicidad que acabe con lágrimas y amargas decepciones. Su alegría consiste en vernos en la felicidad y en la abundancia.

Por eso, nos lleva de la mano cuando deseamos seguir sus caminos, y, cuando perdemos pie, él nos levanta con benevolencia. Desea librarnos completamente de nuestras tinieblas para que podamos movernos con facilidad en la gloria y la libertad de los hijos de Dios.

Para que logremos este resultado, el Eterno dio lo que tenía de más querido. Esto le costó su más precioso tesoro, y lo dio sin vacilar a fin de salvarnos: por eso envió a su Hijo para rescatarnos. Este vino a la tierra, dio un testimonio grandioso e inefables instrucciones que hacen todavía nuestras delicias.

Las parábolas que Jesús expuso tan admirablemente ante sus auditores son de una sabiduría maravillosa y de una gloriosa pertinencia. A menudo eran verdaderos latigazos mordaces para los judíos de corazón duro y malo, que no querían cambiar su carácter, aunque comprendieran muy bien lo que quería decirles nuestro querido Salvador.

La parábola de los labradores, por ejemplo, tendió radicalmente al sol la ropa sucia de los judíos, pero éstos aparentaron no comprenderla.

El Señor les había dicho: "Un hombre había arrendado una viña a labradores. Enviaba de vez en cuando a criados para que les diesen del fruto de la viña; pero los labradores los golpearon y los enviaron con las manos vacías. Entonces el señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizás cuando le vean a él, le tendrán respeto. Mas los labradores, al verle, dijeron: Este es el heredero, matémosle para que la heredad sea nuestra".

A nosotros igualmente nuestros pactos nos recuerdan que debemos corresponder al Eterno con nuestros tributos. Estos no consisten en ofrendas materiales, sino en un sentimiento de profunda gratitud y de verdadera adhesión.

Cuán maravilloso será cuando toda la humanidad esté restaurada en la tierra; cuando el tabernáculo de Dios funcione entre los hombres y que los seres humanos en general hayan adquirido sentimientos divinos, y rindan con todo su corazón gloria, honra y adoración al Omnipotente.

Este será un bendito momento, cuando la tierra esté convertida en el estrado de los pies del Eterno, y cuando los seres humanos sean árboles de justicia, un plantío del Eterno para servir a su gloria. Será el maravilloso tiempo en que no habrá más gritos, ni lágrimas, ni dolores, y en que la muerte no será más. Todo será de veras hecho nuevo, como los profetas lo vieron y anunciaron de antemano.

Como lo he mostrado a menudo, los caminos divinos son los únicos que nos convienen y gracias a los cuales podemos ser felices. No existe otro camino. Nuestro organismo no está constituido para adaptarse a otra línea de conducta, y sufrir así graves perjuicios.

Vivir la injusticia es una desgracia muy grande para nosotros. Esto ejerce una reacción desastrosa sobre nuestros nervios sensitivos y acelera nuestra propia destrucción. Cuanto más desarrollada está la conciencia, más resulta delicada. Entonces podemos discernir todo lo que nos causa perjuicio.

Los seres humanos en general han caído tan bajos que su conciencia casi no funciona más; la han embotado con toda clase de impresiones ilegales que en ellos han ahogado los buenos sentimientos de su corazón.

La fineza y la delicadeza de sus sentimientos han desaparecido; su conciencia no habla más. Es preciso que las personas reciban una nueva educación para que pueda despertarse y desarrollarse en ellas la conciencia divina.

Nuestro querido Salvador es el maravilloso modelo que podemos imitar fielmente para la transformación de nuestra mentalidad. El soportó todo para rescatarnos de nuestra situación desesperada. Nada consideró demasiado caro para este pago. Se dice de él que aprendió la obediencia por las cosas que padeció.

El que desea seguir las huellas del Maestro, y que le sigue por el camino de la consagración y del renunciamiento a sí mismo, a medida que progresa en este camino aprende todo lo

que ha sido y todo lo que representa el sacrificio de nuestro querido Salvador. En efecto, es al esforzarnos en ejecutar un trabajo como nos damos cuenta de la suma de esfuerzos y de energía que representa a los que también procuran realizarlo.

Por esta razón, los hijos de Dios verdaderos, los que son activos en la lucha, valientes en el combate contra su viejo hombre, saben apreciar altamente la obra de su querido Salvador, y también todos los esfuerzos que él hizo por librarlos de la condenación y de la muerte.

Los pensamientos del Eterno son todos de misericordia y de perdón. Por eso, El desea ver tales sentimientos en nuestro corazón. Por lo demás, el Maestro puso de manifiesto las disposiciones de corazón de un hijo verdadero de Dios cuando dijo: "Benedicid a los que os maldicen, orad por los que os persiguen".

Después agrega especialmente: "Sed misericordiosos como vuestro Padre que está en los cielos es misericordioso." Si nos esforzamos en seguir estos consejos maravillosos, nos procuraremos goces cada vez más grandes.

Podremos sentir con toda la fuerza de nuestro corazón la realidad de la hermosa palabra de las Escrituras: "Mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos". Es de veras así para el que puede experimentar una intensa comunión con el trono de la gracia divina.

Ya hemos llorado suficientemente bajo la opresión de las sugerencias del espíritu demoníaco y bajo la tiranía de nuestro horrible carácter, de nuestro amor egoísta que nos ha vuelto duros y tristes.

Ahora queremos escuchar la voz amable del Señor, regocijarnos ante su faz, y esforzarnos por conformarnos a los caminos de la justicia, de la misericordia, de la rectitud y de la humildad. Es de esta manera como adquiriremos un buen y bello carácter.

Cuando hayamos alcanzado este resultado, nadie podrá afligirnos más. Habremos adquirido la estabilidad en los sentimientos divinos, que son una potencia protectora invencible. Entonces podremos ser una habitación del Eterno, en la cual puede morar su espíritu.

Así podremos ser una manifestación poderosa y gloriosa de la bendición divina. Esta será la revelación de los hijos de Dios a la humanidad doliente y moribunda, para honra y gloria del Eterno y de su Hijo muy amado.

Preguntas para el cambio — del carácter —

1. ¿Hemos podido expresar consuelo, sentimientos del Reino de Dios, comunicado a otros la benevolencia recibida?
2. ¿Cómo hemos reflejado las impresiones divinas, dispensado siempre el bien, atraído el espíritu de Dios por nuestros esfuerzos?
3. ¿Nos ha permitido traer impresiones de paz, de alegría, de unidad y de altruismo el ardiente deseo de imitar al Maestro?
4. ¿Hemos aprendido las lecciones, sido más humildes y agradecidos, aumentado en la fe, renunciado mejor, amado y perdonado?
5. ¿Cómo hemos triunfado de los celos, de la timidez, del descontento y hemos progresado en la humildad y la estabilidad?
6. ¿Hemos combatido nuestros malos hábitos, hecho el centinela en nuestro corazón, sido compasivo y un verdadero amigo?